

## CAPÍTULO VII

### LA CRISIS ECONÓMICA DEL 2007 Y LA MIGRACIÓN DE RETORNO

El retorno de migrantes mexicanos ha sido una constante al revisar la historicidad del circuito migratorio México-Estados Unidos. No obstante, el retorno ha sido poco analizado “[...] si consideramos como orden de movilidad que primero se emigra de un lugar para inmigrar a otro, es lógico distinguir un tercer tipo de movimiento que sería el de retorno” (Egea et al. 2002). El ciclo migratorio puede entenderse como un proceso en tres fases: el antes, el durante y el después. El “antes” contempla la situación previa al migrar del individuo en relación a las características demográficas y sociales de su lugar de origen, las razones para abandonar el país, la situación económica y social antes de partir, la composición del hogar, la educación y las habilidades y la situación laboral. El “durante” toma en cuenta la experiencia migratoria, las razones por las cuales se permaneció en el destino, la duración de la estadía, la situación económica y social, la composición del hogar, el mejoramiento en la educación y la calificación laboral, la relación con las instituciones y la sociedad de acogida y los vínculos que se mantienen con la comunidad de origen. En el caso del circuito migratorio México-Estados Unidos estas dos etapas han sido profusamente estudiadas y documentadas (Cesare 1974; De la Fuente 2003; Durand 2004).

El “después” abarca los motivos del retorno, la duración del retorno (en caso de ser temporal), la condición económica y social, la composición del hogar, el nivel de escolaridad y la calificación laboral, la relación con las instituciones y la sociedad en su país de origen, los vínculos que se preservan con el destino receptor, los proyectos de vida posteriores al retorno y el proceso de reinserción a su comunidad. El ciclo de la migración puede o no concluirse en su totalidad o repetirse en varias ocasiones; pero cual sea el caso, el migrante experimentará siempre las primeras dos fases (antes y durante) (Durand 2004; Fernández 2011).

La desatención del retorno se ha debido en gran parte a que por poco más de un siglo la migración tuvo un carácter marcadamente circular (Massey y Durand 2003). Hasta finales del siglo XX “ir y venir” al norte había sido propiciado por la vecindad entre México y Estados Unidos, los bajos costos para el cruce de la frontera y la porosidad de la frontera, que hacía “fácil” el cruce. Los migrantes podían trabajar por meses de uno a tres años y regresar a sus comunidades por algún tiempo; si las condiciones lo demandaban regresar al norte y repetir el ciclo tantas veces como fuera necesario.

Tras los atentados del 11 de Septiembre en 2001, la migración de mexicanos pasó a ser un tema central para la seguridad nacional estadounidense. Durante los siguientes años se llevó a cabo un reforzamiento de la frontera con México y se pusieron en marcha nuevas leyes antinmigrantes, lo que haría más difícil y costoso el cruce fronterizo. No obstante, el flujo de migrantes indocumentados continuó debido a la constante demanda de mano de obra barata. Para el año 2007 se estimó que cerca de 11.9 millones de

mexicanos radicaban en Estados Unidos (Leite et al. 2009). Posterior a los atentados del 9/11, la migración circular disminuyó y se prolongaron las estadías. Aunque la migración de mexicanos a Estados Unidos ha estado caracterizada por altos números de retornados, el tema se volvió central hasta la crisis financiera de 2007. Desde entonces a la fecha ha habido un incremento considerable en el número de retornados y una disminución de la migración de primera salida.

La crítica situación del retorno, la caída en las remesas (de 26,059 millones de pesos en 2007 a 21,597 millones en 2013) y la dudosa inserción de los retornados en sus comunidades de origen, demandó atención inmediata de académicos, de los gobiernos en ambos países y de la sociedad civil. Desde 2008, el retorno se posiciona como un eje central en los estudios del fenómeno migratorio, recibiendo la atención requerida. En menos de seis años el número de trabajos sobre el retorno creció considerablemente. Al tratarse de un tema relativamente poco atendido, la metodología y los fundamentos teóricos para su estudio están en construcción.

### **Sobre la migración de retorno**

El primer trabajo que refiere a la migración de retorno es el de E. G. Ravenstein (1885), un geógrafo alemán que trabajó para la *Royal Geographical Society of London*. Ravenstein estudió el flujo migratorio que ocurría en Europa a finales del siglo XIX; propuso once leyes para categorizar las principales causas y motivos para el retorno.

Tendrían que pasar poco más de setenta años desde el estudio de Ravenstein para que los trabajos sobre la migración internacional dieran importancia al retorno. Los

primeros trabajos estudiaron el fenómeno en Europa y Estados Unidos, en su mayoría, fueron de carácter descriptivo. Destacan los trabajos de L. A. Sjaastad (1962), quien hace una relación del costo beneficio del retorno; R. T. Appleyard (1962), hace una etnografía sobre el retorno de británicos en Australia. Sidney Goldstein (1964) describió los procesos de la migración circular y el retorno en Dinamarca.

Con el fin de determinar los factores que propician el retorno, el sociólogo Frank Bovenkerk retoma algunas de las leyes de Ravenstein: “a) a menor distancia recorrida con la migración, mayor frecuencia de casos de retorno; b) a mayor duración de la estancia de los emigrantes en el lugar de destino, menos posibilidad del retorno, y c) la alteración del equilibrio económico entre los lugares de origen y destino afecta el volumen de la migración de retorno” (Ravenstein 1989 citado en Bovenkerk 1974:8). Bajo la premisa de que la migración laboral es un fenómeno que se caracteriza por la salida y el regreso al lugar de origen, Frank Bovenkerk presentó una clasificación de los diferentes tipos de migración teniendo en cuenta que el acto de migrar no es un fenómeno estático, homogéneo y definitivo, sino diverso, dinámico e incierto. De este modo, Bovenkerk encuentra diferentes escenarios posibles en el fenómeno migratorio, tales como la *emigración*, la *emigración de retorno*, la *migración de tránsito*, la *reemigración*, la *nueva emigración*, y la *migración circular* (Bovenkerk 1974).

Durante los setenta encontramos una gama de trabajos que describen la experiencia individual y la problemática al regresar al lugar de origen tras largos periodos de ausencias. Cerase (1974) indaga sobre el “shock” cultural y social que enfrentan los migrantes retornados al sur de Italia y hace una tipología del retorno: a) retorno de

fracaso (no logran cumplir sus metas); b) retorno de innovación (emplean lo aprendido en el extranjero en su comunidad de origen); c) retorno de retiro (los jubilados); d) retorno de conservación (los que ahorran para posteriormente invertir en el sector agrícola). En su ya clásico estudio *Return Migration* (1980), Gmelch diseña una tipología de la migración de retorno que se enfoca en las razones para volver, la reinserción de los retornados y el impacto de la migración de retorno en el lugar de origen pretendió romper con los entonces descriptivos estudios del fenómeno. A su vez, Chapman y Prothero (1983) proponen estudiar el fenómeno desde las escalas: a) micro (individual y familiar); b) meso (comunidad, sistema de población y región); y c) macro (país, continente y mundo). Enfatizaron la premisa de que entender la circulación y los flujos recíprocos a estas tres escalas ayudan a entender las estructuras sociales, políticas y económicas que dan origen al fenómeno.

Frank Kirwan y Frank Harrigan (1986) señalaron que desde el trabajo de Gmelch (1980) el tema de la migración de retorno tomó la seriedad teórica y metodológica necesaria para proyectarse como un tema central del estudio de la migración internacional. Para entonces, los trabajos sobre la migración del retorno podían clasificarse en cuatro tipos: 1) los que utilizan datos basados en el nivel macro empleando fuentes como censos de población y cifras masivas; 2) los que buscaban compensar las carencias de los censos de población con otras fuentes, como archivos sobre impuestos y el sector salud; 3) los que emplean el método etnográfico, basado en entrevistas con migrantes retornados, cuya base analítica son datos microeconómicos; y 4) los trabajos que se enfocan en el individuo y la relevancia de su experiencia al retornar a su lugar de origen (Kirwan y Harrigan 1986 citado en Fernández 2011).

Siguiendo el giro que los estudios de migración internacional estaban tomando a mediados de los años ochenta, Demetrios Papademetriou (1985) anota que el estudio de la migración internacional, e incluso el tema del retorno, había estado excesivamente enfocado en el impacto de la migración laboral en las sociedades industriales avanzadas. Por lo que se requería una renovación metodológica que partiera del enfoque desde los países expulsores de migrantes, que permitiría observar la progresión simultánea del fenómeno en los lugares de origen y destino. Desde los años noventa, el tema de la migración de retorno dejaría de ser un tema de estudio exclusivo de Europa y Estados Unidos, dando lugar a la proliferación de trabajos en el Caribe, África, Asia y las islas del Pacífico. Durante esos años hubo una mayor preocupación por estudiar “las raíces históricas, los trasfondos étnicos, las diferencias de género, la inversión de ahorros, el comportamiento económico del retorno, tanto a nivel global como en estudios de caso” (Fernández 2011: 44).

Durante los años noventa se dio una gran diversificación de temas relacionados con el retorno en lugares ajenos al continente Europeo y a Estados Unidos. Algunos de estos trabajos revelan la incorporación de comunidades de Sri Lanka a los circuitos migratorios internacionales tras el auge petrolero en medio oriente (Premachandra 1990); el retorno de puertorriqueños a sus comunidades de origen a raíz de la crisis del mercado laboral estadounidense, visto desde el nivel micro y macro (Muschkin 1993); la feminización de la migración de retorno y las metas alcanzadas por género (Gmelch y Gmelch 1995); la reinserción económica y social de migrantes senegaleses retornados en época de conflicto social y crisis económicas locales (Dita y Mbow 1999); la movilidad ocupacional de migrantes pakistaníes retornados y las técnicas de subsistencia como la

inversión empresarial o el autoempleo (Ilahi 1999); el cambio de roles de género entre hombres y mujeres griegos retornados desde Alemania (Sakka y Kiosseoglou 1999), solo por mencionar algunos.

En pleno inicio del siglo XX los trabajos sobre la migración de retorno cubrieron temas como la salud, el bienestar social y el progreso y desarrollo, además de los ya tradicionales temas de la migración internacional:

Además de los temas tradicionales basados en las repercusiones económicas, la circulaciones internas, el retorno de jubilados, el retorno por motivos étnicos, novedosos temas se abren paso: padecimientos mentales de los retornados; los niños retornados; y las implicaciones de su situación en su salud mental y rendimiento escolar; los enfermos de sida; los problemas de integración; el retorno empresarial; los estudios comparativos; estudios de caso con sustento en el testimonio oral [...] teórica y metodológicamente sigue dominando la visión neoclásica del capital humano; el marxismo y el neomarxismo están ausentes, y empiezan a despuntar los análisis de las redes sociales y los vínculos transnacionales, así como la perspectiva neoinstitucional. (Fernández 2011: 47).

El estudio del retorno es un reto tanto metodológico como teórico. Más de ocho décadas de análisis del fenómeno demandan una investigación meticulosa sobre el tema. Como se mencionó en el primer capítulo, enfocarnos en una sola postura metodológica y teórica contribuiría a un sesgo por parte del investigador. Resulta necesario prestar atención tanto a la historicidad de los eventos, al análisis de nivel micro tanto macro, a la encarnación de la experiencia en el relato del individuo, a las tendencias económicas y políticas, tanto globales como locales, a las cotidianidades en la comunidad y el lugar de destino y a la relación entre los que migran al norte y los que se quedan en la comunidad.

## **El retorno en México**

El circuito migratorio internacional México-Estados Unidos ha sido, sin duda, muy estudiado al tratarse del mayor receptor (Estados Unidos) y el segundo mayor expulsor (México) de migrantes a nivel mundial (Fundación BBVA Bancomer y CONAPO 2013). El flujo migratorio entre estos dos países, al igual que en países desarrollados en África, América, Asia y Europa, se ha caracterizado por ser parte de un sistema de migración laboral determinado por “múltiples desplazamientos de ida y vuelta a lo largo de la vida activa del trabajador” (Cordell et al. 1996:287-329, traducción mía).

En más de un siglo de migración de mexicanos hacia Estados Unidos se han logrado detectar diferentes temporalidades y escalas del retorno a los lugares de origen. El Departamento de Seguridad Nacional Estadounidense cuenta con cifras sobre el número de mexicanos removidos de Estados Unidos desde 1892. La primera etapa de retorno sustancial tuvo lugar al fin de la Primera Guerra Mundial en 1914, cuando el regreso de los veteranos estadounidenses como fuerza laboral era inminente. Pero fue hasta 1927 que tanto los removidos por las autoridades estadounidenses como los retornados a México se cuantificaron (Alarcón y Becerra 2012). Durante esos años el DHS registra la primera ola de mexicanos removidos de aquel país (Durand y Massey 2003).

En 1920 en Estados Unidos los precios del producto nacional bruto cayeron de manera considerable (18%), lo que se reflejó en la baja en la producción industrial y agrícola. Como consecuencia, el desempleo pasó de 1,4% en 1919 a 11,7% en 1921 (Woods 2009). Durante esos años los trabajadores mexicanos se convirtieron en un



excedente de mano de obra. “La primera deportación masiva se realizó en 1921, pero fue sólo coyuntural; el flujo se recuperó muy rápido y llegó a un nivel sin precedentes en 1926” (Durand y Massey 2003:44). La crisis económica en Estados Unidos fue temporalmente superada tras el inicio de un periodo intenso de crecimiento industrial y prosperidad conocido como “los felices años veinte”. Esta revitalización económica se caracterizó por el impulso en el desarrollo industrial, el consumo y la abundancia de mano de obra y la implementación de nuevos métodos de producción como el taylorismo, el fordismo y la estandarización, lo que atrajo nuevamente la fuerza laboral mexicana, mayormente hacia el sector agrícola (Woods 2009).

Entre 1929 y 1932, se dieron deportaciones masivas vinculadas directamente a la crisis financiera conocida como “la gran depresión” de 1929 que afectaron fuertemente a la fuerza laboral mexicana. La crisis en 1929 se debió a una mala toma de decisiones políticas y económicas, lo que resultó en altas tasas de desempleo (hasta el 25%). Como resultado se dio una disminución en la producción estadounidense de 30%, causando caos a nivel nacional (Schwartz 2009). En 1929, 5% de la población acaparaba poco más de 33% de la riqueza nacional; “este grupo apostó por la especulación en el mercado de valores y el crecimiento económico desigual” (Woods 2009:24), lo que desencadenó una fuerte crisis económica. Durante esos años las deportaciones fueron realizadas por una patrulla fronteriza formada en 1924 con el fin de controlar el flujo de entrada y salida de Estados Unidos (De Genova 2005). Se estima que entre 1929 y 1935, alrededor de 415,000 mexicanos fueron removidos o regresaron de manera voluntaria (Alarcón y Becerra 2012).

Desde el drástico aumento de la tasa de desempleo de 4.2% en 1928 a 25% en 1933, hasta el año de 1938, el escenario económico no tendría mejoras significativas; que la tasa de desempleo se mantuvo por arriba de 19% (Schwenk y Vangiezen 2001). Como resultado de la gran depresión, la posguerra y los conflictos que se avecindaban en Europa, se dio una última deportación masiva en 1939. El impacto de estas deportaciones se amortiguó por la favorable situación económica que se vivía en México y los nuevos programas para el campo implementados por el gobierno de Lázaro Cárdenas (Durand y Massey 2003).

Durante un periodo de 22 años, entre 1942 y 1964, se firmaron aproximadamente 4.5 millones de contratos para trabajadores temporales agrícolas en Estados Unidos bajo el “Programa Bracero” (Mize y Swords 2010). En un intento por recuperar el control de la inmigración indocumentada, en 1947 se llevó a cabo una ola de deportaciones, en 1954 fueron deportados más de un millón de personas durante la operación *Wetback*. A pesar de estas medidas, se estima que para 1964 cerca de 10 millones de mexicanos contaban con experiencia migratoria internacional, mayormente hacia Estados Unidos. Esta situación evidencia que más de la mitad de los trabajadores que cruzaron la frontera norte para emplearse en aquel país, lo hicieron fuera del Programa Bracero, es decir, como indocumentados. (Durand y Massey 2003)

El fin del Programa Bracero se dio en el contexto del endurecimiento de las regulaciones para los contratistas de braceros durante la presidencia de John F. Kennedy ante el aumento de la demanda de trabajadores (Salgado 2002). Como estrategia para el control fronterizo se prefirió “la legalización de un sector de la población trabajadora

bajo el sistema de cuotas por país; la institucionalización de la frontera para dificultar el paso y limitar el libre tránsito, y la deportación sistemática de los trabajadores migrantes que no estuvieran en regla” (Durand y Massey 2003:47-48). Sin embargo, en estos años la deportación se compensó con el flujo masivo indocumentado. Si alguien era deportado, no era tan complicado regresar. La ola de deportaciones más significativa de esos años se llevó a cabo en 1974, cuando cerca de medio millón de mexicanos fueron deportados (Alarcón y Becerra 2012).

Tras las numerosas revisiones a las políticas nacionales de migración estadounidense, a finales de 1986 se aprobó la *Immigrant Reform and Control Act* (IRCA). Un año después, bajo el cobijo de IRCA, aproximadamente 2.3 millones de mexicanos indocumentados regularizó su estatus migratorio de (Salgado 2002). Un resultado de esta reforma fue la circulación de un gran número de mexicanos entre sus localidades de origen y las de residencia y/o que se establecieron en Estados Unidos. Asimismo, IRCA propició la migración de un importante número de personas sin experiencia migratoria (Durand y Massey 2003). En 1986, previo a la aprobación de IRCA, se estima que cerca de 1.7 millones de indocumentados regresaron a México (Alarcón y Becerra 2012). Pese al intento de las autoridades estadounidenses por controlar el cruce fronterizo, los años posteriores a IRCA se caracterizan por el incremento del cruce clandestino y la circulación de migrantes que permanecieron por cortas temporalidades en Estados Unidos. Durante estos años se incorporaron a este flujo poblaciones del centro y sur de México, lo que contribuyó al crecimiento masivo del flujo migratorio (Binford 204; Cornelius et al. 2010; Rus y Collier 2003).

Las deportaciones y el retorno continuarían durante las siguientes décadas, sin embargo, se observa el crecimiento exponencial de mexicanos que migraron: entre 1990 y 2000 el flujo aumentó de 4.4 millones a 9.3 millones (Leite et al. 2009). No obstante, tras los atentados del 11 de Septiembre en 2001, el ingreso ilegal al país pasó a ser un tema central para el gobierno estadounidense. En los años posteriores entraron en vigor: la Ley Patriota (*Patriot Act*) en 2001 y la Ley de Reforma a la Inmigración Ilegal y la Responsabilidad del Inmigrante (*Act IIRIRA*), aprobada en 1996 con el fin de controlar el cruce fronterizo indocumentado. Así mismo, aumentaron las exigencias para contratistas con el sistema *E-Verify* (Alarcón y Becerra 2012). Se estima que para el año 2002 aproximadamente 1.2 millones de mexicanos retornaron a México y cerca de 400 mil fueron deportados; a pesar de esto, para el año 2007 el número de mexicanos radicados en Estados Unidos llegó a 11.9 millones, su punto más alto en la historia (Leite et al. 2009).

Después de 2007, el circuito migratorio México-Estados Unidos observó una anomalía en el balance entre el número de migrantes y el número de retornados, la cifra de retornados rompió record y el número de emisiones disminuyó. A diferencia de otras fases, en esta última la migración no compensó el número de deportados. De 11.9 millones en 2007, para 2011 se registraron 11.6 millones de mexicanos radicados en Estados Unidos. El cambio en este flujo ha sido atribuido a la crisis financiera iniciada en el 2007 en Estados Unidos. A partir del 2007 se ha especulado sobre “el retorno masivo de mexicanos”, “una tasa cero en el flujo migratorio” e incluso “el fin del circuito migratorio México-Estados Unidos” (véase Figura 2 y Figura 7).

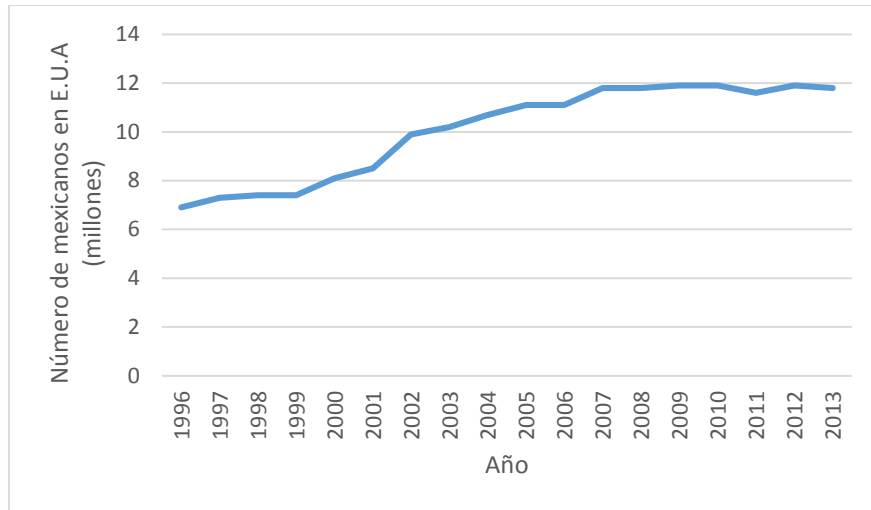


Figura 7. Número de mexicanos radicados en Estados Unidos, elaboración propia con base en Anuario de Migración y Remesas. México 2014.

### **Ilegalidad y la frontera: la historia de nunca acabar**

La migración de mexicanos hacia Estados Unidos ha estado marcada por la demanda de mano de obra en sectores y tiempos específicos. Tanto la atracción como la expulsión de mexicanos ha sido, sin duda, la historia de este flujo y ha marcado las vidas de cientos de compatriotas. Encontramos en las narrativas de los migrantes entrevistados que su experiencia de viajar al norte se encuentra atravesada por el discurso del Estado-Nación sobre el sujeto “ilegal” y por la construcción simbólica y geográfica de una frontera.

“Los inmigrantes indocumentados son a la vez bienvenidos e indeseables: son quienes se entrelazan dentro del tejido económico de la nación, pero como mano de obra barata y desechable” (Ngai 2004:2, traducción mía). En el discurso del Estado-Nación estadounidense, la inclusión y exclusión han producido de sujetos “ilegales” que se

encuentran en gran contradicción. Desde la firma del tratado de Guadalupe-Hidalgo, en 1848, hasta la crisis financiera del 2007, se ha gestado la producción de mexicanos como sujetos “ilegales” (De Génova 2005). “La ley produce “ilegalidad” sin el intento de excluir de Estados Unidos a la mano de obra mexicana” (De Genova, citado en Lee 2014:120). La noción de “ilegalidad” representa en la cotidianidad de los migrantes mexicanos su vulnerabilidad laboral, su situación como sujetos desechables e indeseables y su potencial deportabilidad (De Genova 2002, 2004, 2005; Lee 2014; Ngai 2004).

Josiah Heyman (1994) propone que el estudio de la frontera no puede estar limitado a su construcción como un símbolo o a las políticas que han propiciado esta situación, ya que esto sesga las jerárquicas de poder entre ambos países. “Necesitamos un análisis más detallado de la relación cultural y de poder para el entendimiento de la frontera entre México-Estados Unidos; por ejemplo ¿Cómo funciona exactamente el poder del Estado en una relación dual pero desigual entre estos dos países, y cómo se desarrollan históricamente las relaciones culturales en esta zona de poder de un Estado dual? (Heyman 1994:46, traducción mía).

La división entre México y Estados Unidos se puede entender por “[...] como una delimitación espacial jurídica de la nación y las fronteras de la nación que son espacios y/o zonas geográficas y culturales” (Kearney 1991:53, traducción mía). La frontera, su militarización y los millones de dólares invertidos representan una barrera tanto física como simbólica entre México y Estados Unidos que ha sido esencial para la construcción y sustento de la narrativa del sujeto “ilegal”. “Es precisamente “la frontera” que ofrece el ejemplar teatro para poner en escena el espectáculo del “extranjero ilegal” que la ley ha

producido” (De Genova 2004:177), lo que De Genova ha llamado “el espectáculo de la frontera”.

Ante el reciente aumento en la vigilancia de la frontera por parte del gobierno estadounidense, el incremento de la violencia en la zona y los estragos de la crisis financiera del 2007, el discurso de la “ilegalidad” y el espectáculo de la frontera han sido herramientas claves para simular la integridad de la seguridad y de la economía nacional por parte de las autoridades estadounidenses. En el año 2008 se estimó que cerca del 60% de los migrantes mexicanos radicados en Estados Unidos eran indocumentados, lo que significaba que 7 millones de personas eran sujetos de deportación (Alarcón y Becerra 2012). En el caso de comunidades del centro de México de reciente migración, este porcentaje se eleva al no contar con canales para la regularización del estatus migratorio. En 2011, en la comunidad de Zapotitlán Salinas cerca del 92% de los migrantes eran indocumentados.

### **El año 2007: crisis y retorno**

La crisis de 2007 está vinculada a los déficits de la industria inmobiliaria que han causado estragos no solo en Estados Unidos, sino a nivel mundial. La crisis es atribuida principalmente a “[...] una expansión colosal del crédito, explicada por la burbuja inmobiliaria, por innovaciones financieras y por una regulación y supervisión extraordinariamente laxas” (Delgado 2009:72). Siendo una crisis global, su impacto se ha dejado sentir en los sistemas de producción, el empleo, el ingreso y el consumo familiar (Delgado 2009); espacios que, como hemos visto, constituyen las principales razones del flujo migratorio de mexicanos a Estados Unidos.

“Hace varios años, las condiciones en la economía estadounidense – tales como facilidades en el mercado de crédito – trabajaron para crear una situación privilegiada para la primera burbuja inmobiliaria en Estados Unidos desde la que precedió a la gran depresión” (Byun 2010:3, traducción mía). El acceso y la demanda de viviendas se han visto limitados en el mercado inmobiliario estadounidense tras los altos costos de los créditos. Con el paso de los años, las instituciones financieras disminuyeron los requisitos para la solicitud de préstamos hipotecarios, en ocasiones resultaba suficiente presentar un comprobante de ingresos que acreditara la solvencia de la futura deuda. Los préstamos fueron otorgados a bajos o nulos pagos iniciales lo que, junto a la inflación hipotecaria, “contribuyó a la burbuja [inmobiliaria], financiando cada vez más estos préstamos de alto riesgo a lo largo de los años” (Buyn 2010:3, traducción mía).

La ruptura de la burbuja inmobiliaria provocó en Estados Unidos la pérdida de la vivienda para millones de familias al no poder cubrir los pagos hipotecarios después del reajuste entre 2007 y 2010. A su vez, la tasa de desempleo se elevó de 4.9% en enero de 2008 a 9.4% en diciembre de 2009, cifra record en un periodo tan corto (Ramírez y Meza 2012). Los sectores más afectados durante la crisis serían la industria de la construcción y la manufactura y, en menor escala, la agroindustria y el sector servicios.

En los años cincuenta, el sector manufacturero estadounidense empleó a cerca del 30.6% de la población económica. Esta industria ha tenido altos y bajos, pasando de 21.6% en la década de los ochenta, 10.7% en 2005, y tras la crisis financiera, 8.9% en 2010. Por su parte, “[...] el empleo en la construcción se incrementó en términos absolutos de 2.8 a 7.7 millones entre 1955 y 2006 [...] sin embargo, a raíz de la crisis,



que afectó de manera muy peculiar la actividad inmobiliaria, se perdieron casi 2.1 millones de empleos en la construcción entre 2006 y 2010 [...]” (Levine 2011:125). En 2011, la industria de la construcción absorbía solo el 4.3% de la PEA (Levine 2011; Rivermar 2013).

El sector agrícola estadounidense es un caso peculiar; pese a ser un sector que ocupa un porcentaje reducido de la PEA (1.4%), su margen de ganancia y producción es alto (Levine 2011). Esto se debe principalmente a las innovaciones tecnológicas y a los subsidios estatales. Por otra parte, el sector servicios ha sido poco afectado en comparación con el sector manufacturero y la industria de la construcción. En la era del régimen de acumulación flexible el sector terciario se ha consolidado como la industria que mayor PEA emplea en Estados Unidos y en grandes economías primermundistas a nivel mundial (Harvey 2010). Para el año 2010 se estimó que el 86.2% de la PEA en Estados Unidos se dedica a la producción o provisión de servicios (Levine y Lebaron 2011).

Entrada la crisis financiera, académicos, gobiernos de ambos países y la sociedad civil especularon sobre un retorno “masivo” de mexicanos de manera voluntaria o removidos por las autoridades. El Pew Hispanic Center estimó que durante el periodo 1995-2000 cerca de 660,000 mexicanos regresaron a México, mientras que para el periodo 2005-2010 retornaron 1,393,000 personas. De igual manera, el Departamento de Seguridad Nacional reportó que en el año 2002 alrededor de 122,000 mexicanos fueron deportados del país vecino, mientras que para el año 2013 esta cifra aumentaría a cerca de 315,000 (Departamento de Seguridad Nacional 2014). En un lapso de siete años, desde

iniciada la crisis financiera en Estados Unidos en 2007 hasta el año 2013, cerca de 2 millones de mexicanos han sido deportados por las autoridades estadounidenses. Entre 2009 y 2013 aproximadamente 1.2 millones de mexicanos han regresado voluntariamente a México (Departamento de Seguridad Nacional 2012, 2014). No obstante, en el año 2013 se estimó que cerca de 11.8 millones de mexicanos radicaban en Estados Unidos.

El incremento en el número de mexicanos deportados resulta abrumador y más aún si a esta cifra agregamos el número de retornados voluntarios. A pesar de esto, no podemos hablar de un retorno “masivo” como el que se había previsto. Desde iniciada la crisis en 2007 el número de mexicanos en Estados Unidos se ha mantenido en un promedio de 11.8 millones, lo que ha sido atribuido al decremento en el número de mexicanos saliendo desde sus comunidades en busca del sueño americano como consecuencia del endurecimiento de la frontera y el aumento de la violencia en el norte del país tras iniciada la guerra contra el narcotráfico en 2006 por el entonces presidente Felipe Calderón.

### **El impacto de la crisis en la comunidad de Zapotitlán Salinas**

En la encuesta aplicada en 2011, el 55% de los migrantes zapotitecos regresó a la comunidad entre 1989 y 2006, mientras que 45% lo hizo entre 2007-2011, años correspondientes a la crisis financiera. La Figura 8 muestra los patrones migratorios en la comunidad de Zapotitlán Salinas tanto de salidas como de retornos. Si se analizara esta gráfica bajo un esquema meramente cuantitativo resultaría evidente que la intersección entre el número de retornados y el número de emisiones en 2007 podría ser atribuida directamente a la crisis financiera.

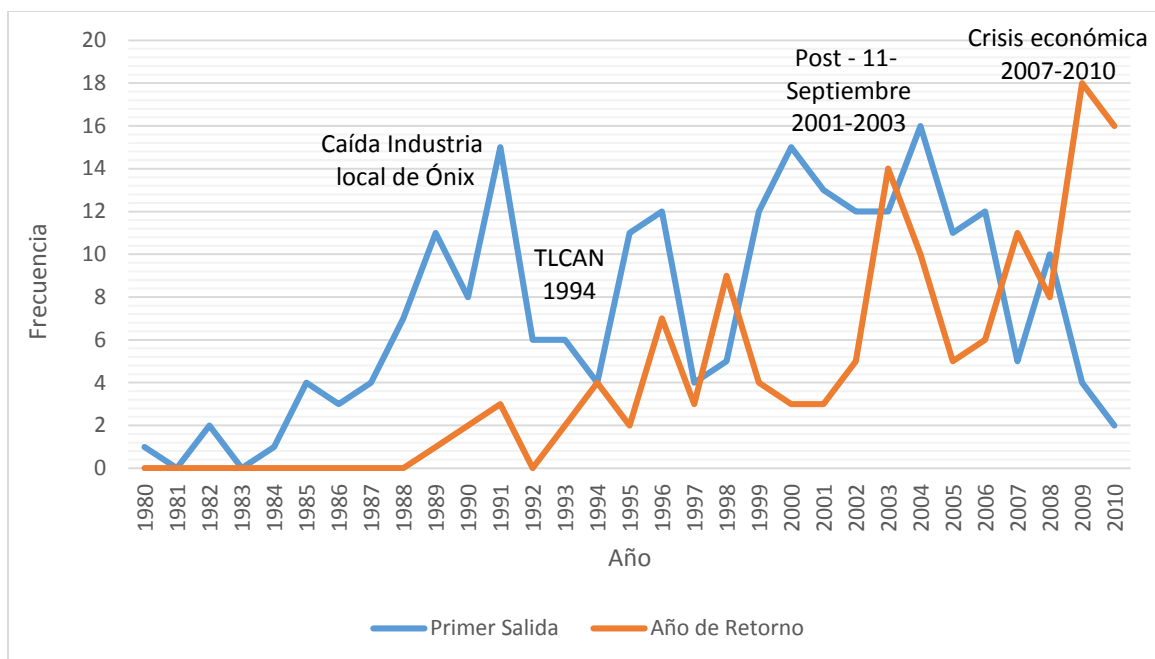


Figura 8. Año de primera salida y retorno, elaboración propia con base en la etnoencuesta del proyecto “Crisis Económica Global y Respuesta en Cuatro Comunidades de Reciente Migración”.

En una etapa prematura de esta investigación, tanto la ambigüedad literaria como el análisis cuantitativo nos llevaron a sugerir que la crisis financiera fue un factor determinante en la mayoría de los retornos. No obstante, conforme la investigación progresaba, y con ello el análisis etnográfico, pudimos entender la complejidad del retorno y tener un entendimiento más acertado del impacto de la crisis financiera entre los zapotitecos. En 29 entrevistas a profundidad, realizadas en 2011 a migrantes zapotitecos retornados entre 2007 y 2009, en la mayoría de los casos la crisis financiera no representó la principal causa para el retorno.

Al mencionar “crisis financiera” los zapotitecos asociaron el término principalmente a los años posteriores a los ataques del 9/11 como “una época de

desempleo y subempleo” (Lee 2014b:138). Sorprendentemente, contrario a lo pensado en el esquema de nuestra investigación, los zapotitecos -principalmente aquellos que trabajaron en el sector servicios- se refirieron a los años posteriores al 2007 como una época caracterizada por el incremento de las horas laborales. Esto se debe a que la mayoría de los zapotitecos tienden a insertarse en el sector servicios, principalmente en restaurantes, supermercados y tiendas de autoservicios, que, como se mencionó, fue uno de los sectores menos afectados durante la crisis financiera del 2007. Un reducido grupo de zapotitecos que laboró en la industria de la construcción y la manufactura mencionó el recorte de horas y, en ocasiones, la pérdida del empleo.

Entre las principales razones para regresar los zapotitecos retornados entre 2007 y 2009 mencionaron: la reunificación familiar (16), enfermedad (5), subempleo (4), deportación (2), intentos fallidos por cruzar la frontera (1) y cuidar de algún familiar (1). El análisis más detallado de las entrevistas sugiere que hay ocho casos que pueden estar vinculados a la crisis (subempleo y deportación).

A varios años de iniciada la crisis y de arduo trabajo etnográfico se ha podido entender que la crisis ha afectado de manera diferente a migrantes dependiendo de su lugar de procedencia, su ubicación y el sector laboral en el que se desenvuelven, lo que nos habla de un impacto heterogéneo y diverso. El análisis de los datos, tanto cuantitativos y cualitativos como micro y macro, nos han llevado a sugerir que el retorno en años recientes: a) no es “masivo”, sino significativo; b) no es definitivo; c) puede ser multicausal; y d) es resultado de una compleja negociación entre individuos y familiares.

### *Recortes mínimos en el sector servicios*

A pesar de que el sector servicios fue uno de los menos afectados a partir de 2007, esto no quiere decir que no hubo un efecto. Un gran número de los entrevistados mencionaron que en años posteriores a 2007 algunos empleadores optaron por reducir los grupos de trabajadores conservando a aquellos más “eficientes”. Los mexicanos, por famosos de ser “buenos trabajadores” y permeados por la noción de “trabajar para matarse”, dispuestos a autoexplotarse y ganar menos del sueldo mínimo, fueron candidatos potenciales a conservar sus puestos. De este modo, en vez de contratar nuevo personal, las actividades que desempeñaban los empleados despedidos fueron asumidas por aquellos que conservaron su empleo. Varios de los entrevistados mencionaron que durante estos años los empleadores aumentaron considerablemente sus horas de trabajo, en ocasiones sin pago de horas extra.

“[Los empleadores] quieren un trabajo mejor y ¿quién es la mejor persona para hacer el trabajo? Los mexicanos, porque trabajan más, no exigen tanto. Como le decía, ahí no saben de los derechos del trabajador, que cuánto cobran, los seguros o cuanto tienen que pagarles” (Ernesto, Zapotitlán Salinas, 16 de Junio de 2011). Testimonios como el de Ernesto fueron comunes entre los zapotitecos que trabajaron en restaurantes, mencionaron que los empleadores apreciaron su trabajo, antigüedad, disposición para trabajar y las bajas demandas. La mayoría de los migrantes no contaban con seguridad social, prestaciones y, en ocasiones, las horas extras no fueron pagadas. Tristemente para los migrantes, conservar su trabajo fue gracias a ser disciplinados y aceptar condiciones laborales deplorables.

Luis, un caso mencionado previamente, alude que durante la crisis financiera del 2007 hubo recortes considerables en la heladería donde trabajaba. Menciona que aquellos con poca antigüedad y poca productividad fueron despedidos. Siendo un trabajador con varios años de experiencia y confiable, el empleador de Luis aumentó considerablemente sus horas de trabajo para alcanzar la venta deseada. “[...] A mí no me afectó [la crisis], pero sí se veía que afectaba en varios lugares y mucha gente empezaba a buscar trabajo [...] Yo más que nada, me di cuenta que afectó mucho en lo de las torres [los atentados del 11 de septiembre] cuando empezó a bajar mucho el trabajo y de ahí ya no se recuperó mucho” (Luis, Zapotitlán Salinas, 2 de Juno de 2011).

### *Complicaciones médicas*

La crisis tuvo un efecto en un número considerable de los zapotitecos entrevistados su deseo por cumplir sus metas en el menor tiempo posible y las exhaustivas jornadas laborales de hasta 70 horas a la semana, en ocasiones laborando en más de un lugar, llevó a algunos migrantes a forzar sus cuerpos hasta el “límite”. Efraín, quien trabajó en repetidas ocasiones en restaurantes en la urbe neoyorquina, nos comenta que su ciclo era trabajar arduamente en Estados Unidos por tres años, cumplir sus metas planeadas, regresar a la comunidad y emprender nuevamente el viaje. Efraín nos comenta que el límite de tres años se debía al estrés sufrido al forzar su cuerpo a condiciones extremas. Durante su última estancia entre 2002-2007, Efraín tuvo un episodio de fatiga y agotamiento que lo obligó a regresar a la comunidad antes de lo planeado.

Regresar no fue una decisión tomada, regresé por problemas de salud. Yo siempre había estado hasta tres años [en Estados Unidos] y cuando me regresaba de allá, venía muy estresado por el trabajo, por todo. En esta ocasión, a los tres años igual

me estresé pero tomé productos naturales de plantas y frutas y como que me dio más fuerza. Pude... me controlé, y estuve más años, estuve cinco años [en total], pero a los cinco años ya estaba a tope, ya estaba estresadísimo, no podía dormir, varias cosas de salud, pero todo era en relación al estrés. Entonces, por eso tuve que regresar, no podía yo más. Pero de hecho mi trabajo me gustaba. Estaba yo ganando bastante bien. De hecho nada más quería estar otro año más (Efraín, Zapotitlán Salinas, 8 de Junio de 2011).

Augusto también tuvo problemas físicos por el exceso de trabajo. Augusto nos comenta que su trabajo exigía estar de pie 13 horas diarias, lo que a la larga le trajo complicaciones. Desarrolló venas varicosas lo que lo obligó a regresar a la comunidad. Visitó a diferentes médicos que no pudieron detectar el problema hasta que un médico recomendado por uno de sus parientes le diagnosticó la enfermedad y le dio tratamiento. “[...] Como seguía con ese ritmo de trabajo, pues el tratamiento ya no fue suficiente, por eso me vine. Casi venia rengueando cuando regresé, al estar aquí como al mes, dos meses, pues ya me cicatrizó la herida, porque pues otro tipo de vida” (Augusto, Zapotitlán Salinas, 22 de Junio de 2011).

El estatus de indocumentados ha limitado el acceso a servicios médicos a millones de mexicanos que laboran de manera irregular en Estados Unidos (Romero-Ortuño 2004). El acceso está determinado por seguros proporcionados por instituciones gubernamentales o privados y empleadores. La mayoría de los zapotitecos indocumentados son excluidos de estos beneficios. “Pagar por atención medica del propio bolsillo es generalmente imposible para trabajadores indocumentados por los costos tan elevados” (Lee 2013:68, traducción mía).

En algunos casos, los migrantes reportaron que los empleadores pagaron los gastos médicos por accidentes ocurridos durante horas laborales; no obstante, la fatiga y el estrés no fueron condiciones médicas que los empleadores, o los mismos trabajadores, atribuyeran directamente a cuestiones laborales, por lo que su falta de atención fue una constante. Efraín y Augusto representan algunos casos de migrantes zapotitecos que retornaron a la comunidad al no poder financiar los altos costos médicos que sus tratamientos requerían y al ser incapaces de continuar desenvolviéndose satisfactoriamente en sus trabajos (véase Lee 2013).

#### *El retorno como un proceso multicausal*

El retorno entre los zapotitecos ha sido un proceso complejo que no puede ser atribuido a una sola causa, pero algunas pueden tener más impacto que otras. En nuestro trabajo de campo encontramos que uno de los principales factores que motivó a los migrantes a regresar a la comunidad fue la reunificación familiar tras largos periodos de ausencia. Omar decidió regresar a la comunidad a sus 52 años de edad después de negociarlo con su familia y tras una larga trayectoria migratoria y cumplidas sus metas (construcción de una casa, educación de sus hijos y establecer un taller de ónix). De igual manera, Ernesto regresó a la comunidad tras una larga negociación con su esposa quien se encontraba en Estados Unidos con sus dos hijos. Su esposa regresó primero tras los altos costos de vida en Estados Unidos para ella y sus hijos y la nostalgia por la comunidad. Ernesto regresó seis meses después al concluir sus metas pendientes.

La decisión de regresar es una negociación larga y compleja en la cual la valoración del costo-beneficio juega un papel determinante. Braulio trabajaba en un



aserradero en años previos a la crisis, donde gozó de un buen sueldo que le permitió enviar cantidades importantes de dinero para la manutención de su esposa y cinco hijos. En el 2008, con la caída de la industria de la construcción, su empleador recortó a la mitad sus horas de trabajo, lo que le permitió ganar apenas para solventar sus gastos en Estados Unidos. Al ya no poder enviar fuertes cantidades de dinero a su familia en México, su deseo por regresar se manifestó desde mayo de 2009 agudizándose por la deplorable situación laboral y experiencias de discriminación. A pesar de esto, su esposa lo alentó a “aguantar” unos meses más ya que tenía fuertes gastos que resultaría muy complicado solventarlos con su trabajo como salinero. Trabajando esporádicamente en el aserradero y realizando otros trabajos ocasionales como conductor en una empresa de transportes, logró mantenerse a flote por algunos meses, acordando con su esposa regresar a la comunidad a finales del 2009.

Pedro, con más de 15 años de experiencia migratoria, fue uno de los retornados a la comunidad afectado por la caída de la industria de la construcción. De 2004 a 2009 trabajó en la construcción logrando ahorrar una fuerte cantidad de dinero. Pedro menciona que los buenos sueldos en la construcción antes de la crisis, le permitieron ahorrar con la esperanza de iniciar un negocio a su regreso a la comunidad. Dice que desde 2007, de los 70 trabajadores de la compañía donde trabajaba; 30 fueron despedidos; los que se quedaron se enfrentaron al recorte de horas y el trabajo eventual. Pedro permaneció en la compañía, pero el recorte en las horas de trabajo, la fatiga de la rutina y la nostalgia por su familia y su comunidad contribuyeron a que tomara la decisión de regresar a Zapotitlán en 2009.

Algunos migrantes asentados en la ciudad de Nueva York, mencionaron que, a pesar de los efectos de la crisis (y desde los ataques del 9/11), un número considerable de zapotitecos prefirió permanecer en el norte para cumplir sus metas y garantizar su bienestar: “Pues aquí [en Nueva York] como sea la arma uno, por lo menos es seguro el trabajo y nos la llevamos tranquilo. [...] Pero en Zapo, imagina, sin trabajos, ni para comer alcanza, sólo me regresaría a sufrir” (Mauricio, Nueva York, 23 de Junio de 2013). Desde el año 2000 el aplazamiento del retorno ha sido motivado por la situación económica de la localidad, el aumento en los costos y las dificultades para cruzar la frontera (Canales y Zolniski 2000; Cobo 2011; Constant y Zimmermann 2007; Cornelius et al 2010).

Los casos de zapotitecos retornados son un buen ejemplo de la complejidad y diversidad del proceso del retorno. Mientras para algunos fue algo tajante, como aquellos deportados, para otros fue un proceso de negociación familiar y valoración del costo-benéfico de retornar o el deseo por reunirse con su familia. La crisis financiera del 2007 afectó principalmente a aquellos empleados de la construcción o de la manufactura, como fue el caso de Pedro y Braulio, que, a pesar de que los efectos de la crisis jugaron un papel determinante, su decisión de retornar fue el resultado de diversos factores. Aún con un debilitado mercado laboral estadounidense, un gran número de zapotitecos prefirieron “aguantar” un poco más aplazando su estadía con tal de alcanzar sus metas planteadas.

### **Violencia y endurecimiento de la frontera: el decremento en las salidas**

Pese a las diferencias encontradas en el registro etnográfico y lo descrito a nivel macro, las cifras y reportes sobre la disminución de las salidas hacia el norte coincidió en ambos

niveles de análisis comparativo. Como se ha mencionado, el decremento en el número de compatriotas viajando hacia Estados Unidos se debe: a) al aumento en la vigilancia de la frontera por parte de las autoridades estadounidenses con castigos más severos al cruce “ilegal”, b) nuevas leyes antinmigrantes, y c) el aumento de la violencia en la frontera norte de México. El impacto en Zapotitlán fue tal, que para el 2004 captamos 16 zapotitecos viajando hacia el norte, cifra que se desplomaría en el año 2010, cuando se registraron tan solo dos salidas. (Véase Figura 4).

Durante la década de los ochenta y noventa la mayoría de los zapotitecos cruzaron hacia Estados Unidos por el desierto de Sonora-Arizona “un viaje relativamente barato, pero sumamente riesgoso” (Lee 2014b:139). En estos viajes los migrantes se enfrentaron a los climas extremos del desierto, caminos alejados con tal de evitar ser detectados por “la migra” y condiciones físicas demandantes. Durante estos años el tiempo estimado para cruzar fue de una semana con cuotas que oscilaban entre los \$800 y \$900 dólares. Entrado el siglo XXI el endurecimiento de la frontera dificultó el cruce fronterizo obligando a los migrantes a tomar rutas aún más alejadas para no ser detectados; durante estos años el cruce demoró hasta dos semanas con precios entre los \$1000 y \$1300 dólares. Entrado el año 2007 el precio se disparó hasta \$2000 dólares cruzando por el desierto y cerca de \$4000 para cruzar con documentos falsos, un método que no garantiza llegar al otro lado.

En 2006 México fue el centro de atención a nivel mundial por la violencia que experimentó el país tras una guerra civil disfrazada. Durante los próximos años se dio un aumento en el número de desapariciones, asesinatos y secuestros en la frontera atribuidos

al incremento de la presencia del crimen organizado. Tanto el aumento en la vigilancia de la frontera por parte de las autoridades estadounidenses y la violencia desencadenada del lado de la frontera en México contribuyeron al decremento en el número de emisiones de compatriotas hacia el norte. Los trayectos se hicieron más largos e inseguros por zonas de difícil acceso poniendo en mayor riesgo las vidas de los migrantes y los costos aumentaron considerablemente. En las comunidades esto alentó una paranoia de una frontera impenetrable lo que causó la muerte y endeudamiento de millones de mexicanos.

Anteriormente los zapotitecos contactaban a un coyote local o de alguna comunidad cercana el cual los acompañaba desde la comunidad hasta su destino final del otro lado de la frontera. El crimen organizado ha hecho tributo a su nombre apoderándose de vastas redes de tráfico de personas. En años recientes algunos coyotes “parecen ser integrantes de vastas organizaciones criminales involucradas en el tráfico de droga, armas y personas en el área de Tucson” (Lee 2014b:140). Beatriz nos comentó que en su intento por cruzar la frontera en 2003 fue vendida en el norte de México a otra red criminal.

[...] de Hermosillo a Agua Prieta nos llevó el mismo coyote de aquí; de Agua Prieta para allá, ya nos vendieron a otro. [En] Agua Prieta nos metieron a un cuarto y nos dijeron “hoy se van a quedar aquí y el sábado van a brincar la frontera, el [coyote] dice, los va a pasar, yo no voy a pasar con ustedes, yo aquí me quedo hasta que brinquen todos, si todos brincaron yo me voy sino yo los busco y los vuelvo a pasa”; entonces le dijo al otro “cuanto me vas a dar por cada cabrón”.

Alison: ¿Enfrente de ustedes así tan abiertamente?

Beatriz: nosotros dijimos, nosotros estamos haciendo el trato contigo no, y el [coyote] dijo “es que yo no los puedo llevar hasta allá, a mi migración me tiene fichado si me encuentran no,” (Beatriz, Zapotitlán Salinas, 2 de Junio de 2011).

De igual manera, Emilio reportó haber sido vendido en la frontera a otro coyote que posteriormente le darían a él y a su esposa documentos falsos para cruzar por la línea. Por su parte, Ignacio otro migrante que experimento este tipo de trata en la frontera, mencionó que en la ciudad fronteriza aún del lado de México, el coyote les pidió cuotas para garantizar su seguridad mientras permanecían en esta ciudad. Ignacio mencionó que este pago le permitió salir de su hotel para comprar comida o caminar en la ciudad por el momento que permaneció en ésta.

La violencia aumentó considerablemente a partir del 2006 tras iniciada la guerra contra el narcotráfico. Durante estos años un gran número de migrantes serían asaltados, violados, golpeados, secuestrados y en ocasiones asesinados. Fabián nos menciona: “ahora el problema ya no es la migra, ahora el problema es el mismo crimen, ya te asaltan, te golpean cuando llegas a la frontera o cualquier cosa” (20 de Junio de 2011). Así mismo, las rutas más largas empleadas para evitar ser capturados por la migra demandó del físico de muchos migrantes mexicanos. Para aguantar las largas caminatas en condiciones extremas algunos migrantes afirmaron que los coyotes proporcionaron drogas para aumentar el rendimiento del cuerpo sin garantizar llegar al otro lado.

Sí, esta última nos tocó pasar con tres de Tehuacán. Tres muchachas, una gordita y una alta. Van llegando en el monte y no aguantaban caminar, entonces les dieron droga para que aguantaran [...] a la gordita la dejaron porque no aguantaba caminar, se quedó en el monte porque sus pies no aguantaban, le salieron bolas. Le dijo el coyote, “si no aguantas te vas a quedar”, le dio droga para que aguantara y pues no, no aguantó y se quedó. Ya otro que iba con ellos se tuvo que quedar. Ahí se quedaron abandonados en el monte. (Alberto, Zapotitlán Salinas, 10 de Junio de 2011).

La trata de personas se ha vinculado a otro tipo de prácticas ilícitas como ha sido el tráfico de armas y drogas. “La “ilegalidad” de los migrantes se manifiesta por sí misma en esta situación como desechabilidad dentro de otra empresa clandestina más lucrativa” (Lee 2014b:141). Durante su intento por cruzar la frontera Luis mencionó que los coyotes dieron una mochila con un paquete de droga a uno de los migrantes durante el trayecto hacia el norte. Algo similar a lo presenciado por Alberto durante su cruce a la frontera: “La droga la pasaban con la gente de uno. Ellos llevaban la droga ahí, con su bolsa ahí cargando. Y pues ahí, entre migrantes pasaban la droga” (Alberto, Zapotitlán Salinas, 10 de Junio de 2011).

Otro de los componentes que han afectado en la emisión de mexicanos hacia Estados Unidos ha sido el incremento en la vigilancia de la frontera sur por parte de las autoridades estadounidenses. Desde el año 2005 se ha puesto en marcha la operación *Streamline* que ha criminalizado y perseguido el cruce indocumentado. La penalización tradicional para el cruce fronterizo ha sido la deportación voluntaria. Con la puesta en marcha de la operación *Streamline*, los deportados pueden enfrentar cargos criminales en caso de ser reaprendidos por la patrulla fronteriza (Sheldon 2013). En las entrevistas llevadas a cabo con 29 retornados a la comunidad 2 fueron capturados por la patrulla fronteriza y encarcelados por dos meses en prisiones estadounidenses.

En el año 2002 Luis intentó cruzar la frontera. Fue detenido y regresado a la frontera mexicana en tres ocasiones logrando cruzar en su cuarto intento. Para el año 2010, en un nuevo intento por cruzar la frontera, Luis fue capturado junto con el grupo que viajaba y encarcelado por dos meses como parte de la operación *Streamline*. “Había

de todo, había polleros, había burreros que les dicen a los que llevaban la droga, quienes habían matado, que habían atropellado, por una cosa u otra quienes hubieran violado la ley” (Luis, Zapotitlán Salinas, 2 de Junio de 2011). Cumplida su sentencia Luis regresó a la comunidad con una orden de deportación de 5 años y advertido de que si volvía a ser capturado podría enfrentar una sentencia mayor. “[Me dijeron] si vuelves a intentar [cruzar] y te volvemos a agarrar te vamos a encerrar [...] ya tienen todos tus datos, eres casado, tienes una niña nacida en Estados Unidos” (Luis, Zapotitlán Salinas, 2 de Junio de 2011). El nivel de vigilancia que experimentó le ha convencido permanecer en Zapotitlán.

Emilio intentó cruzar por la línea en Nogales con documentos falsos junto con su esposa pagando \$3,800 dólares por cada uno. Al ser separados en la línea para no levantar sospechas, su esposa logró pasar exitosamente la frontera, pero Emilio fue capturado y encarcelado por dos meses. Emilio logró comunicarse con sus familiares después de varios días e informarles que había sido capturado. Fue trasladado en diferentes ocasiones a otras prisiones sin poder dar detalles de su ubicación. Durante su estancia en la cárcel, mencionó haber recibido ofertas de trabajo a su regreso a México por parte de un traficante de drogas rehusándose por los riesgos e implicaciones de estas prácticas:

Yo dormía con un psicópata, y con uno que había matado a su familia, a toda su familia. Y te platicaba así como si nada, bien tranquilamente. Y tú qué dices "no inventes" ¿Cómo voy a dormir con esta cabrón? Entonces yo y otro chavo, velábamos toda la noche, nos poníamos a jugar o así. Y en las mañanas, medias tardes él, y medias tardes yo. Y así todos los días, todos los días. Porque muchos no dormían, se ponían a pegarle a las puertas, se ponía a hablar solo. No, no, no, era un trauma ahí. (Emilio, Zapotitlán Salinas, 21 de Junio de 2011).

Las vivencias de los migrantes retornados, los deportados, los aprendidos y quienes no lograron cruzar, las especulaciones sobre la situación del mercado laboral estadounidense y el miedo a intentar cruzar la frontera sin lograrlo y quedar endeudado, creó en el imaginario de los zapotitecos una sensación de paranoia que a su vez contribuyó al decremento en el número de emisiones al norte. Manuel fue un migrante entrevistado durante la segunda fase de este proyecto en Zapotitlán en 2011. Durante mi estancia en la ciudad de Nueva York tuve la oportunidad de volver a entrevistarlo a 6 meses de haber regresado a esta urbe. Manuel comentó que cuando decidió volver a migrar dijo a sus amigos y conocidos de la comunidad que salió a trabajar a la ciudad de Oaxaca con la finalidad de ahorrarse la vergüenza y la burla en caso de que su intento de cruzar la frontera fuera fallido. Al final de cuentas tuvo éxito pero le costó: “Después de un mes en la frontera logré cruzar y acabé bien endeudado” (Manuel, Zapotitlán Salinas, 23 de Junio de 2013).